



Referentes...

El eterno voyeur: Jean Fragonard

Por Drúa Espinosa

¿Hay algo más interesante que vivir un erotismo pleno? Sí, observarlo. El erotismo va más allá de la dimensión sexual con el que culturalmente se ha cargado este término. El erotismo comprende esa dimensión incluso espiritual en dos (o más) seres se unen a partir de un afecto, un sentimiento o un deseo común; lo erótico es ese lugar de complacencia en el que el hombre se hace planamente espiritual haciendo posible el reconocimiento de su dimensión sagrada. Y qué hay más atrayente que tener una experiencia erótica placentera y deleitosa, ser el cómplice, ser el testigo oculto que observa casi como un celestino o un cupido, que mira y disfruta del reconocimiento del amor que sostienen los amantes. El voyeur ve, reflexiona, piensa, imagina y guarda para sí las mejores expresiones que develan los cuerpos de los amantes, casi como si fuese partícipe de ese amor; ese es el lugar de todo artista.

La obra de Jean-Honoré Fragonard refleja el corazón de la mayoría de artistas quienes, como ladrones observan, reflexionan y crean a partir de aquello que le ha robado al otro. En especial, un artista visual disfruta todos y cada uno de los estímulos que llegan a sus ojos, son muy pocos los detalles que se le escapan, y son justamente esos pequeños detalles los que más alimentan su sevicia y su deseo de llegar al conocimiento de lo más íntimo de cada ser. Eso es lo que percibimos en, *Los felices azares del columpio* (1767) en donde el pintor recrea el cortejo de dos amantes, en donde la mujer aprovecha el juego del columpio para insinuarle su deseo al joven que reposa en el jardín mientras percibe el vuelo de la falda de su amada que deja ver sus íntimos deseos.

El artista procedente de Grasse en Francia, nacido en 1732 y perteneciente al periodo conocido como rococó, dedicó gran parte de su vida a la representación de las escenas amorosas que acontecían en la corte. Su pincelada develaba el disfrute que asumía al verse envuelto en esas escenas en las que se manifestaba el deseo, el amor y desconsuelo de los amantes que padecen los largos días que duran sin verse. *El progreso del amor: el encuentro* (1771) nos muestra el encuentro de dos amantes a las afueras de las instalaciones de la corte, allí el artista se sitúa como el único que ha sido capaz de descubrir esa aventura; cuya presencia se ve figurada en las estatuas que introduce en el cuadro como forma de manifestar que no están solos. *Muchacha con perro*

(1775) expone el juego inocente de una niña con su cachorro mientras, allí no hay presencia de nada, solo el disfrute del juego de la niña con su perrito; sin embargo, se sabe que en el silencio del lienzo y el pigmento se sitúa una mirada penetrante que irrumpe en ese espacio sacro y roba las mejores expresiones que hay detrás del velo que esconde lo divino.



Los felices azares del columpio. 1767. Óleo sobre lienzo. 81 x 64 cm. Colección Wallace, Londres



El progreso del amor: el encuentro. 1771. Óleo sobre lienzo. 317,5 x 243,8 cm. Colección Frick.



Muchacha con perro. 1775. Óleo sobre lienzo. 89 x 70 cm. Museo de arte Munich.